

INSÚA, curioso, tratando de penetrar en el pensamiento de la señora.

Me dijo usted que su plan magno se relaciona en cierto modo con Rogelio...

DOÑA JUANA

No, Insúa. En su conjunto y fines altos, mi plan está muy por cima de esas miserias; mas para poder efectuarlo con desahogo, es forzoso que liquide ciertas obligaciones de conciencia...

INSÚA

Ya... ¿Quiere usted que llame á Rogelio?

DOÑA JUANA

Ayer le ví... hablamos... Le dije que deseo conocer á su *coima*. Sin ver y tratar á esa Casandra, no puedo determinar la forma y calidad de la protección que debo dar al hijo de mi esposo... Dígame usted, si le ve, que esta tarde, después de mi fiesta religiosa, me traiga esa preciosidad... Hay que verlo todo, hasta las hermosuras de carne.

INSÚA

Muy bien. (Se levanta.) Y ya es hora de que empiece el besamanos.

DOÑA JUANA

Sí... Pero que no entre toda la caterva de una vez. No está mi cabeza para tanto barullo. Los primeros, Clementina y su familia.

INSÚA

Y luego los demás, por tribus ó castas... (Dirigese á la puerta. Aparece Saturno, criado viejo, al cual da órdenes.) Que pasen los señores Marqueses del Castañar.

DOÑA JUANA

Otra cosa: ¿por qué no viene usted esta tarde? Después de la solemnidad religiosa, daré una merienda en el jardín á las niñas del Colegio de San Hilario.

INSÚA, perplejo, buscando un pretexto para excusarse.

Esta tarde... No sé si podré... ¡Ah! tengo Junta... tenemos Junta del *Alumbrado y Vela*.

DOÑA JUANA

Verdad que es usted Presidente.

INSÚA

Presidente, y no puedo faltar. (Entra la primera tanda de parentela.) Ya están aquí. (Se despide afectuosamente. Saluda á los Marqueses. Retírase.)

ESCENA IV

DOÑA JUANA.—CLEMENTINA, DON ALFONSO,
MARIA JUANA, BEATRIZ

Es Clementina mujer rozagante, airosa, decorativa. Su figura responde muy bien á la posición heráldica. Si no fuese morena, parecería nacida de la mente y de la paleta de Rubens. Alfonso de la Cerda, Marqués del Castañar, noble de raza, entroncado con los Trastamaras, los Alto-

Rey y los Ruy-Díaz, ha traído á nuestra edad cabeza del Greco, cuerpo flaco de longitud elegante, y un grande espíritu quijotesco que en sus altas especulaciones tropieza con la más dura de las realidades: la falta de pecunia. Propietario de un remanente de tierras patrimoniales, quisiera dar á su patria el ejemplo y la norma de la regeneración agraria. Excepción de su clase y contrasentido de su tiempo, ama con pasión el más antiguo de los deportes, la santa y noble Agricultura. Como no es poeta, no intenta escribir las *Geórgicas* con la pluma, sino con el arado... Sus iguales le llaman *García del Castañar*; pero de la feliz heredad inmortalizada por Rojas no posee más que el nombre. Sus terrones se llaman *El Pardal*, hacienda dilatada y secarrona, en la cual remanece más la langosta que las aguas. Es hombre, en fin, coronado de excelsas virtudes... Las dos niñas ostentan, con sus lindas figuras muñequiles, la insignificancia que resulta de la educación de toda señorita en estos tiempos bobos. Los dos hijos varones de los Marqueses están internos en un colegio, y no figuran aquí para nada.

CLEMENTINA, corriendo hacia doña Juana.

¡Tía del alma!

DOÑA JUANA, abrazándola.

¡Clementina... hija!

ALFONSO

¿Qué tal, señora? (Le besa la mano.)

DOÑA JUANA

Querido Alfonso, ya estoy bien; ya pasó el arrechucho. (A las niñas.) Venid á mis brazos, María Juana y Beatriz.

MARIA JUANA

¡Qué alegría! (Ambas la besan.)

BEATRIZ

¡Buen susto nos hemos llevado!

CLEMENTINA

Muy enojada, pero muy enojada con usted...
¡Estar tan malita y no decirme una palabra!

BEATRIZ

¡No mandarnos un recadito!

ALFONSO

Nada supimos.

MARIA JUANA

La primera noticia que llegó á casa fué que ya estaba mejor.

DOÑA JUANA

Más vale así. Os evité un disgusto.

CLEMENTINA

Pero nos privó del consuelo de asistirle.

ALFONSO

¿Y qué ha sido al fin?

DOÑA JUANA

Un imprevisto achaque, distinto de los que ordinariamente padezco... ó quizás el que viene como avisador de un fin próximo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

CLEMENTINA

¡Ay, no, per Dios!

MARIA JUANA

¡Jesús, tía!

DOÑA JUANA

Yo me levanté muy despejada. Oí mis tres misas, hice mis devociones... De pronto... aquí, cuando leía la *Visita del día al Santísimo Sacramento*, una mano invisible y dura me apretó la garganta... No podía respirar... ninguna voz quería salir de mi pecho. Por no sé cuánto tiempo, no perdido del todo el conocimiento, me ví balanceada entre la vida y la muerte, y me sentí llevada por un camino ancho... muy ancho... la dulce Eternidad...

CLEMENTINA

Por la Virgen, no diga esas cosas.

BEATRIZ

¡Vaya, que no avisarnos!

DOÑA JUANA

¿Para qué? Vedme tan tranquila. A mí no me asusta la muerte, pues para ella estoy, gracias á Dios, bien preparada. Demasiado sé que nuestra vida es un castigo, la muerte un indulto. ¿Qué hacemos en este presidio? El único solaz que en él hallamos es pedir á Dios que nos dé libertad y nos lleve consigo. (A las niñas.) Vosotras, pobres ángeles, no comprendéis esto. Estáis en los comienzos del engaño de la vida.

Seguid, seguid ignorantes, que vuestra edad tierna requiere el engaño.

BEATRIZ, como recitando una lección aprendida de memoria.

Pues en cuanto supimos su grave enfermedad, tía, nos fuimos á las Carboneras, y estuvimos rezando toda la tarde.

MARIA JUANA

Rezando con mucha devoción..

DOÑA JUANA, besándolas.

¡Sin duda por vuestras oraciones, dichas con cándido anhelo y piedad, me concedió el Señor unos días más de vida. ¿Ha sido un bien? ¿Qué gano yo con vivir más?

ALFONSO

Segura usted del indulto, ¿qué le importan unos días más en este presidio?

CLEMENTINA

Piense usted en el bien que puede hacer aquí, tía. Siga entre nosotros, y dese la satisfacción, el regalo de ser nuestra Providencia.

DOÑA JUANA

¡Ay! hija, no me subas tanto. La Providencia es divina; yo soy humana... (Risueña y un poquito maleante.) Dime, Alfonso: ¿qué tal, qué tal esas campañas agrícolas...? Cuéntame.

ALFONSO

A un soldado que pelea sin armas, no le pregunte usted por sus victorias.

DOÑA JUANA

Ciego estás, Alfonso, si no ves que en tierra de Castilla serán siempre perdidos tus esfuerzos. El suelo rapado y seco, los ríos sin agua y los montes desnudos, han dado de sí santos y guerreros; nunca darán labradores primorosos.

ALFONSO

Guerreros y santos da también ahora la tierra campa de Castilla; pero los santos son de los que acaban en el Infierno; los guerreros, de los que concluyen apaleados, como el generoso Don Quijote... Eso es hoy el agricultor castellano: santo condenado y guerrero sin gloria.

DOÑA JUANA

Si poseyeras todo el dinero del mundo y lo emplearas en mejorar la labor de Castilla, llenarías de oro los surcos y recogerías ochavos en tus eras. No te canses; no porfies con la Naturaleza, con Dios, que creó los países pobres para fundar en ellos las escuelas de la humildad y la paciencia. (Alfonso y Clementina se miran de soslayo, refrenando su enojo.)

ALFONSO

No niego que soy impaciente y ambicioso. Creo que Dios nos ha dado los países yermos y hurraños para que los hagamos hospitalarios, risueños. Se educan las tierras como las personas, y se doman los campos como las fieras.

DOÑA JUANA, con frase cortante y seca.

Eso será muy bonito; pero es un disparate.

CLEMENTINA, acudiendo en apoyo de Alfonso.

Sus empresas, tía, no le parecerían á usted desatinadas si las conociera bien. Trabaja con fe y ahinco, y usted debe ayudarle para que veamos el fruto de tantos afanes.

DOÑA JUANA

Yo le ayudo... como puedo. Y no voy más allá, porque los tiempos están malos. ¿Me negarás que están malos los tiempos?

ALFONSO, desabrido, irónico.

Malos, sí; malos están siempre... "¡Qué malo está todo!..." Es el eterno lamentar de los que viven en esta jaula de locos. Esa ruindad de los tiempos no acabará mientras los españoles no aprendamos á prestarnos auxilio unos á otros; mientras los que poseen con exceso no alarguen su mano á los que sufren escasez, á los que, cargados de hijos y de obligaciones duras, no pueden vivir ni respirar... Malo está y estará todo mientras el egoísmo sea ley de las almas.

DOÑA JUANA, con afectado celo y tonillo eclesiástico.

¡El egoísmo! Ciertamente que es la primera de las plagas humanas. Para combatirlo, cultivemos con preferencia los campos del espíritu. No te obstines, Alfonso, en sacar de la tierra un jugo que ella no quiere dar, y busca el fruto de las virtudes, de la abnegación, de la gracia y de la simplicidad, cosecha preciosa de que debemos proveernos y alimentarnos para llegar sanos a mejor vida.

ALFONSO

Tengo hijos que mantener y obligaciones que cumplir. Sin dejar de dar al Cielo lo que es del Cielo, doy á la Tierra lo suyo.

DOÑA JUANA, vivamente.

¡Sí; pero no te conformas con la voluntad de Dios.

ALFONSO, con igual viveza.

¡Sí me conformo... Nos conformamos demasiado.

DOÑA JUANA

Y contra la voluntad de Dios, las humanas voluntades son polvo, humo, nada. (Clementina hace señas á su marido para que calle.)

ALFONSO

Mi voluntad es reflejo de la de Dios, y Dios me manda que... (Beatriz, próxima á su padre, le tira de la levita.)

DOÑA JUANA

Pero no te incomodes, hijo.

CLEMENTINA

¡Alfonso, por Dios!... (A doña Juana.) No le haga usted caso... Es un disputador incorregible.

DOÑA JUANA, con forzada jovialidad, que torpemente oculta su orgullo.

Nada... siempre que nos vemos Alfonso y yo, nos peleamos. El es terco, yo más. Cada

cual suelta sus terquedades, y luego... tan amigos.

CLEMENTINA, bruscamente, queriendo variar de tema.

Hablemos de otra cosa. Ya sé, tía, que esta tarde tiene usted gran fiesta en su capilla.

DOÑA JUANA, gozosa.

¡Sí... Ya iba á deciros que os deis por invitadas. Tengo Manifiesto, Plática... Cantarán las niñas de San Hilario.

MARIA JUANA

¡Ay, qué gusto!... Y poco que me gusta á mí la plática.

BEATRIZ

Y á mí el coro de niñas... Cantaremos con ellas.

DOÑA JUANA, las besa.

Niñas del alma, mucho me agrada que preferáis este recreo del espíritu á los paseos vanos, y á la cháchara frívola con amiguitas sin seso. (Entra Martina y anuncia en voz baja á la señora que han llegado los reverendos sacerdotes.) Ya es la hora. (Se levanta impaciente y con dificultad, ayudada por Clementina.) Vamos... (Coge su bastón.) Acompañadme á mi catedral casera. Veréis qué bonita está... (A Alfonso.) A tí no te digo que vengas... Temo que te fastidies.

ALFONSO

¡Sí, señora: me aburro. (Corrigiéndose con presteza.) No, no: he querido decir que... (Entra Ismael presuroso por el fondo; saluda á doña Juana.—Es

hombre de treinta y seis años, regular figura, por demás inquieto y nervioso, el genio pronto, el pensamiento rápido, la voz y el mirar siempre delante del pensamiento. Su morena tez olivosa armoniza con el cabello negro, trasquilado al rape; la barba es fuerte, cortada.)

ESCENA V

LOS MISMOS.—ISMAEL

ISMAEL

Perdóneme, querida tía, si rompo la consigna. Tan impaciente estaba por felicitar á usted... que no he podido contenerme. (Le besa la mano.)

DOÑA JUANA

Tonto, ¿por qué no has entrado antes? ¿Y tu mujer?

ISMAEL

Pronto vendrá. Quedó arreglado la chusma infantil para mandarla de paseo.

DOÑA JUANA

Tampoco á tí te instaré para que vengas á mi capilla. Quédate con Alfonso, que, como tú, no gusta de fiestas religiosas, aunque por agradarme haya dicho lo contrario...

ALFONSO, confuso.

He dicho sinceramente que...

DOÑA JUANA

Quedaos, digo. Aquí os divertiréis más parlotando de vuestros negocios... que Dios prospere, aumente y bendiga. (Dice esto con marcada unción. Vase por la derecha apoyada en Clementina y seguida de las niñas.)

ESCENA VI

DON ALFONSO, ISMAEL

ISMAEL, como azogado, paseándose de largo á largo.

Lléveme el Diablo si no está enteramente loca.

ALFONSO, sereno y burlón.

Y un loco hace ciento, querido Ismael, porque tú lo estás de remate.

ISMAEL

No es locura, es rabia. Figúrate que acabo de ver al reverendo fonógrafo don Damián Insúa...

ALFONSO

Ya entiendo. La entrega de los cinco mil duros se aplaza... ¿por cuántos días?

ISMAEL

Las promesas de esta buena señora nos traen la alegría del mañana... Luego se van, se van... (Párase un momento.)

ALFONSO

¿A dónde?

ISMAEL

A la consumación de los siglos. (Sigue su paseo vertiginoso.)

ALFONSO, riendo.

Piensa doña Juana que eres eterno, como ella.

ISMAEL, parándose ante Alfonso y cogiéndole de las solapas.

Dime, Alfonso... pero con sinceridad, ¿crees tú que mi tía es santa, como dice la gente?

ALFONSO

No sé qué responderte. No entiendo yo bien las psicologías de la santidad. Juzgando á doña Juana por los efectos de su carácter sobre mi familia y sobre mí, no vacilo en asegurar que es la mujer más mala que Dios ha echado al mundo.

ISMAEL, caviloso.

No tanto... no. ¡Caracoles!

ALFONSO

Es un sér dañino que ha de causar grande estrago en todas las personas de su familia. Su paso por el mundo traerá una catástrofe. (Estupor de Ismael.) Eso pienso... Pero me guardaré muy bien de decírselo á Clementina, que no pierde la fe en doña Juana; fe y devoción alimentadas por el parentesco y por los ejemplos de la santurronería...

ISMAEL, volviendo á su inquietud febril.

A Clementina y á mí, sus sobrinos carnales, nos ha trastornado con las esperanzas que nos arroja al rostro, como polvillo de oro que nos deslumbra, nos ahoga... y nos ciega.

ALFONSO

A mí no, á mí no.

ISMAEL

La verdad, Alfonso: yo no creo que mi tía sea mujer aviesa y de malas intenciones. Es que en los ocios de su santidad juega con nosotros al quita y pon de ilusiones... Entiendo yo que todos los santos son así. Hacen rabiar á sus devotos antes de acceder á lo que se les pide. Doña Juana se propone educarnos en la paciencia. ¿Verdad que estamos ya educados, que somos profesores y consumados maestros?

ALFONSO, que á su vez se pasea mientras Ismael permanece quieto.

Yo no... Ni quiero educación de esclavos. Doña Juana no juega; lo que hace es burlarse de nosotros. Nos tiene por imbéciles, codiciosos de su dinero, por miserables egoístas que desean su muerte.

ISMAEL

Rosaura y yo no deseamos su muerte; pero esperamos, y esperamos, y es ella, mi tía, quien nos ha lanzado á este mar sin orillas de la esperanza... Olas van, olas vienen: vemos el cielo; tierra nunca vemos. Mi querido Alfonso: por ella misma y por Insúa sabemos que en el

testamento que otorgó la santa en 1901, me lega nueve de las catorce casas que posee en Madrid, amén de una gruesa cantidad en valores mobiliarios.

ALFONSO

Y doña Juana, no una, sino veinte veces, ha dicho á mi mujer que para ella será el llamado *latifundio*, las veinte mil hectáreas, amén de otros amenes... Aferrada á esta esperanza, vive Clementina... y yo... (Corrigiéndose.) No es delicado hablar de estas cosas. (Aparte, colérico contra si mismo.) Es que no puedo... no puedo sustraerme á la fascinación de Clementina.

ISMAEL

En esas disposiciones, doña Juana no hace más que cumplir la voluntad de su marido, el cual la nombró heredera universal, recomendándole que repartiese su colosal fortuna entre los parientes más queridos de él y de ella...

ALFONSO, con repugnancia del asunto.

Así es. ¿Pero á qué hablar de eso?

ISMAEL

Yo no sé hablar de otra cosa. Parece natural que á mí, su sobrino carnal, pobre, creador de familia, trabajador en varias industrias, me auxilie con algún capital... Con que me diera los intereses del lote que me tiene destinado en su testamento, me haría feliz. No quería yo más para vivir en mis glorias, labrando nueva riqueza, multiplicando familia y productos industriales... Y en el propio caso estás tú... Que

te dé las rentas del *latifundio*, y transformaras tus campos míseros...

ALFONSO, amargado, le interrumpe.

Cállate... No me trastornes... Resuelto estoy á desentenderme de las vanas esperanzas de mi esposa... Sustituyo la paciencia con la confianza en mí mismo... Trabajaré como un pobre hidalgo de secano... No valgo yo para sobrino pordiosero; no soy tan flaco de moral que subordine mis cálculos á la muerte de una persona, y descuento las ventajas de una herencia... que podrá ser... podrá no ser...

ISMAEL

Ha de ser, Alfonso... Cree como yo, y espera...

ALFONSO, viendo entrar á Rosaura.

Cuéntale todo eso á tu cara mitad...

ESCENA VII

DON ALFONSO, ISMAEL.—ROSAURA. La digna esposa del sobrino de doña Juana cautiva por su sencillez, por su dulzura y clara inteligencia. Los estragos de diez alumbramientos y de la crianza de ocho hijos, son más visibles en su cuerpo, ya deformadito, que en su rostro lindo y aniñado, de esos rostros que quieren envejecer y no pueden. Su modestia no da publicidad á sus virtudes, más excelsas por ser inconscientes, luminosas tan sólo en la obscuridad. La voz *ángel* que tontamente aplicamos á unos seres alados que no hemos visto nunca, á Rosaura debe aplicarse. Su naturaleza seráfica es el amor á los tuyos; sus alas son la inflexible voluntad de cumplir sus

deberes. Jovencita, estuvo á dos dedos de ser monja; luego, el Destino la metió en el monjio del matrimonio. Su hábito es cualquier traje de sus humildes roperos; su Orden la de traer remesas de criaturas al mundo; su regla el deber para con los suyos y para con todo prójimo que al encuentro le salga. Vence su espíritu animoso la flaqueza de su cuerpo, por donde su actividad no sabe poner tregua en el servicio de su hogar ni en el culto de la religión materna.

ROSAURA, risueña

Alfonso, Dios le guarde. No creí yo encontrarle en el besamanos.

ALFONSO, irónico.

¡Cómo había de faltar yo á esta solemnidad!

ISMAEL

¿Has visto á Insúa?

ROSAURA

Sí... (Con tristeza.) Ya me ha dicho...

ISMAEL

Un desengaño más, Rosaura. Mañana mismo cierro el taller y despido á mis operarios.

ALFONSO

¿Y ustedes, en ese subir fatigoso por la cuesta de las promesas, aún esperan...?

ISMAEL

Con media lengua fuera esperamos... Nuestro sino es creer que tarde ó temprano mi tía nos sacará de penas.

ROSAURA, suspirando, se sienta.

Pues que sea pronto, hijo, porque yo estoy cansadísima.

ALFONSO, con galante admiración.

Nadie como usted, amiga mía, tiene derecho al descanso. Pero no lo tendrá. La Humanidad rara vez sabe premiar á sus grandes heroínas. La corona de descanso y paz que usted merece, Rosaura, no se la pida á la gazmoñería.

ROSAURA

Ni merezco coronas, ni espero tener descanso hasta que me muera.

ISMAEL

Nada de morirnos, ¡cuidado! Otros deben morirse antes.

ALFONSO

A éste no hay quien le apee de su tema... que doña Juana debe obsequiarnos con una defunción oportuna.

ROSAURA, protestando.

¡Oh, no! Alfonso, no... ¿Y tú, Ismael, eres capaz de pensar...?

ISMAEL

No, hija: es que... Vienen los pensamientos sin que uno los llame. No se puede prohibir á los desgraciados que se consuelen con una visión risueña del porvenir.

ROSAURA

Pase como humorismo, como cháchara sin malicia para matar el tiempo... Lo razonable y lo cristiano es creer que Dios mirará por nosotros y nos dará mejores días. Amemos en tanto á nuestra bienhechora, y deseémosle vida larga... para dicha de todos.

ALFONSO

Aprende, Ismael.

PEPA, entra con una copa de vino blanco y bizcochos.

He tardado un poco, señora.

ROSAURA

No, mujer. Ya te dije que cuando pudieras... (Tomando el vino y bizcochos.) He venido desfallecida... cayéndome por la calle.

ALFONSO

Extraordinaria mujer tienes, Ismael. Desamparados de doña Juana, trabajo les mando para navegar con tanta familia, en una casaca de nuez... por mares revueltos...

ROSAURA

Navegamos... porque sabemos guardar el equilibrio en medio de tantos tumbos... Yo trabajo como una esclava... Por virtud de nuestra economía, y de algún milagro de Dios, ello es que mis ocho hijos comen lo necesario y van vestiditos con decencia.

ALFONSO

Milagro es de la Naturaleza, que al lado de la fecundidad pone siempre la inspiración, el genio económico.

ROSAURA, á Pepa.

¿Quién ha quedado en el salón?

PEPA

No he visto más que al señor don Ventura Nebrija, con sus hijas.

ISMAEL

Es el pariente más lejano de doña Juana, y el más afortunado, según dicen, por haber dedicado á sus hijas á la sastrería santurrona. Hacen trajes para el Niño Jesús.

ROSAURA

No murmures, marido mío. (A Pepa.) ¿Y Rogelio no está?

ISMAEL

Rogelio entró conmigo. En mitad del jardín le perdí de vista.

PEPA

El que está en el jardín, paseándose á la sombra y hablando con los árboles, es el señorito don Zenon.

ROSAURA

Dile que estamos aquí.

ISMAEL

Que suba. Lo que dice á los árboles que nos lo diga á nosotros, y nos divertiremos con su filosofía desesperada. (Pepa recoge el servicio y se va.)

ALFONSO

Creí que el primer concurrente al besamarnos sería Rogelio, el pariente más favorecido de doña Juana.

ISMAEL

No es hasta hoy el más favorecido. Ignoro si lo será mañana. La ley de los afectos humanos tiene horribles contrasentidos.

ROSAURA

A nosotros nos quiere doña Juana; á Rogelio le detesta, como fruto que es de los amores ilícitos de don Hilario.

ALFONSO

¡Ah! Pues tengan por cierto que suyo será el favor que á ustedes niega la santa millonaria. No busquen lógica en esos seres entregados á la mística moderna. La razón de los ángeles es muy extraña razón.

ROSAURA

No es más clara la de los hombres.

ISMAEL, sintiendo pasos.

Paréceme que es Rogelio. (Mira por el fondo.) No: es el gran filósofo cínico y sonámbulo, Zenón de Guillarte.

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—ZENÓN DE GUILLARTE. La figura del original cínico se describe así: edad más que madura, rebajada por el cuidado de la persona y la buena vida; formas y vestimenta de intachable elegancia; rostro serénico; mirada serena y profunda con profético resplandor en muchas ocasiones, y en otras chisporroteo de malicias. Habla siempre con seriedad, y es en el costumbre, inaudita rareza ó guillardura, hablar solo en alta voz, con el aire y estilo de los actores que declaman entonados monólogos. En días de gran perplejidad ó de atascos pecuniarios, el filósofo rompe en soliloquios donde quiera que se halle, contiende con interlocutores invisibles, interroga, persuade, apostrofa, conmina, con todo el énfasis oratorio de un Demóstenes redivivo.

Entra en escena por el fondo, hablando á los aires, y ayudando su monólogo con discreta acción de la mano derecha. Esconde la izquierda en la solapa. No repara en sus amigos, que le miran sin asombro y le oyen risueños.

ZENÓN

Y si es ley inconcusa que la Naturaleza tiene horror al vacío, no lo es menos que esa misma Naturaleza se apresura á llenarlo, así en las magnitudes del Universo como en las pequeñeces de la existencia individual... ¿Quién duda, pues, señores, que el vacío llamado pobreza, horror de los horrores, ha de ser llenado por la Sociedad, acudiendo á restablecer el equilibrio de los medios de subsistencia?... Yo sostengo, y lo probaré cuando se quiera, para que los más incrédulos se penetren de estas verdades, yo afirmo y demuestro que el dere-